

tos de la agonía, con las terribles imprecaciones del guerrero, que despues de sus esfuerzos no podia contener la feroz venganza de sus enemigos.

En vista de esta deplorable situacion de los mexicanos, creia Cortés que lograria inclinarlos á rendirse, sin llevar hasta su término la ruina de la opulenta capital: se valió para esto de los prisioneros que tenia en su poder tomados en los últimos encuentros y tambien de muchos que aguijoneados del hambre se habian visto precisados á ir á recoger entre la laguna, las sustancias indispensables para sustentarse. Por medio de ellos hizo representar al monarca mexicano la difícil situacion en que se hallaba y la ninguna esperanza que podia tener de salvarse, cuando en su contra se habian coligado todas las naciones del Anáhuac, y él solo con su pueblo no podia contener el huracan desatado en su contra, teniendo interceptadas las comunicaciones, consumidas las provisiones, muertos sus principales guerreros y teniendo que sufrir, aun el enojo y abandono de aquellas falsas divinidades en quienes neciamente confiaba. Le ofrecia el perdon para el resto de sus súbditos y aun confirmarlo en su autoridad, con solo que se rindiera y reprodujera la obediencia al rey de Castilla, que habia prestado su antecesor Moctezuhzuma, con la principal nobleza del imperio. (8)

La cólera que inflamaba el pecho del soberano azteca, se interponia como un abismo entre las humillantes proposiciones que le hacia su contrario y la realizacion de ellas; pero el bizarro Quauhtemotzin, á la vez de tener todo el ardor de la juventud, manifestaba la reflexion de la edad madura: y reprimiendo los sentimientos su corazon, convocó á su consejo para que decidiera en un negocio de tan vital importancia. Algunos, abatidos ya por los horri-

8 Bernal Diaz, cap. 154.

bles estragos de aquella prolongada lucha, querian aceptar las proposiciones, como el único medio de salvacion; pero otros, que Prescott supone fueron los sacerdotes, se opusieron vigorosamente á esta vergonzosa resolucion, trayendo á la memoria el indigno tratamiento que se dió por los españoles al infortunado Moctezuhzuma en pago de su generosa hospitalidad: la espantosa cuanto injusta carnicería, que Alvarado hizo de la flor de su nobleza: la insaciable sed de oro, que en todas ocasiones habian manifestado los extrangeros: la profanacion de sus templos, sus dioses y su religion; y los inauditos infortunios con que habian abrumado á su pueblo. Todo esto, creian un motivo bastante para no fiarse de los españoles, que al fin los reducirian á una deplorable esclavitud: y en tal caso preferian morir con las armas en la mano, defendiendo su patria y los derechos de su libertad. Estas razones manifestadas con la elocuencia que inspiraban las circunstancias del momento, brillaron como un meteoro en la acalorada imaginacion del monarca: su sangre hirvió en su intrépido corazon; y despertados en su pecho todos los sentimientos que nacen del amor á la patria, puso término á las deliberaciones, manifestando que solo se pensara en atender á las necesidades del pueblo y que de allí adelante ninguno pensara en rendirse y solo en morir como guerreros y patriotas.

CAPITULO XXIX.

Ultimos ataques; prision de Quahutemotzin: toma de la capital.

Dos dias estuvieron los españoles esperando la respuesta de la embajada: y al fin de ellos, vino á dársele en una

salida que hicieron los mexicanos, que como un torrente en su mayor ímpetu, se derramaron en una furiosa multitud, por todas las calzadas, que ocupaban los sitiadores. Estos tenían siempre preparados sus cañones con los cuales enfilaban fácilmente las estrechas calzadas; y ayudados de los bergantines que atacaban á los batallones indígenas por sus flancos descubiertos, pronto los obligaron á entrar á sus atrincheramientos. Cortés quería á todo trance, que los mexicanos se le hubieran rendido y salvar así de los horribles estragos de la destruccion, á la hermosa y opulenta Tenoxtitlan de los aztecas, como la mas preciosa joya de su conquista; pero el indómito furor con que estos se defendian, no le dejaba esperanza de rendirlos, sino cuando los hubiera sepultado entre los escombros de su ciudad. Siguiéron pues las operaciones de los sitiadores, ejecutándose segun las órdenes del general, hasta poder llegar á una de las entradas de la plaza de Tlatelolco, para lo que solo faltaba que pasar un ancho foso defendido por una guarnicion azteca, á la vez que Alvarado se hallaba tambien frente al gran "teocalli" dedicado al dios de la guerra, situado al norte de esta plaza.

En la oscuridad de la noche y estando ya los soldados de Cortés retirados á sus cuarteles de la calzada, observaron que hacia esta parte se advertía una gran luz; de pronto se estremecieron de horror, creyendo fuera alguna de las sangrientas hecatombes en que los feroces sitiados ofrecian á sus dioses como víctimas, los desgraciados castellanos que llegaban á caer en su poder; pero pronto una hermosa columna de fuego que en forma espiral se elevaba muy alto esparciendo sus resplandores sobre todas las ruinas de la ciudad proserita, dio á conocer que la misma madera del santuario daba pábulo á aquel fuego: entonces un grito de júbilo se estendió en todo el campo cristiano, suponiendo como en realidad era, que Alvarado

habria avanzado hasta allí, entreganda luego á la voracidad de las llamas aquel lugar de abominacion, que por otra parte era un lugar de suma importancia, para las operaciones de los aliados. Cuando el capitan tomó este punto despues de una refriega ensangrentada, tuvo la pena de ver ante la imágen del terrible Huitzilopochtli, todas las cabezas de sus compañeros que habian sido presos por los mexicanos, é inmolados en aquel sitio, conservándose aun fresca la sangre de los hombres blancos. El espectáculo era pavoroso y repugnante, siéndolo aun mas para Alvarado, que en los semblantes lívidos de las víctimas, reconocia á sus compañeros, cuyo recuerdo hacia mas amarga la consideracion y le daba un mayor carácter de gravedad á la inicua idolatría de los aztecas: y así, horrorizado por tales consideraciones, aplicó el fuego para que con su violencia destruyera aquellos lugares, con la memoria de los abominables sacrificios con que allí se habia degradado la nacion.

Al dia siguiente, sabiendo Cortés por el fuego de la noche anterior, hasta que punto habian avanzado las armas de sus compañeros, hizo los mayores esfuerzos con su division para llegar con ellos; el único obstáculo que se les podia presentar, era el ancho canal que impedia la entrada á la plaza de Tlatelolco, y que estaba defendido por batallones aztecas, que aunque estenuados por el hambre y las crecidas fatigas de la campaña, no perdian su natural bravura, arrojando una nube de flechas sobre los primeros que se presentaron á nivelar el paso del foso para dar lugar á las operaciones del ejército: para esta operacion se habian destinado muchos indios de los aliados, que caian en gran número; pero como su sangre importaba muy poco á los conquistadores economizarla, solo se atendió á realizar el plan, reforzando la falange de operarios con otros nuevos, hasta que hubieron concluido su consigna.

Quando el paso del foso prestó seguro camino á los asaltantes, la caballería española reforzada con un cuerpo de lanceros se precipitó sobre los defensores de aquella entrada, que en un momento fueron arrojados y vencidos, y con este empuje llegaron á reunirse las fuerzas de Cortés con las de su capitán Alvarado, que habian estado separados desde que de Tezcoco salió cada una á ocupar el puesto que le fué señalado para el famoso sitio de la capital. Después de que los oficiales y soldados de ambas divisiones se abrazaron y regocijaron mutuamente, Cortés se dirigió al mercado y aunque habia en él una gran multitud de pueblo, en lo general eran gentes indefensas, que sin ninguna demostracion hostil, observaron con asombro la presencia del general español acompañado de otros caballeros. El caudillo castellano reconoció el terreno y volviendo á salir de él, subió al "teocalli" donde en lugar de las efigies á quienes tributaban su adoracion los supersticiosos aztecas, vió flamear el estandarte de su patria, á cuya sombra contempló desde aquella altura, la desolacion á que habia entregado la ciudad, de la cual no quedaba ilesa sino una octava parte en que se habian aglomerado los escuálidos restos de la nacion. Muy diferente era el espectáculo que un año antes se habia presentado á Cortés desde aquella altura, cuando acompañado de Moctezhuma, iba á admirar desde allí el bullicioso tráfico de la alegre y pintoresca poblacion que dentro de sus muros encerraba la opulenta metrópoli. Ahora por el contrario, las siete octavas partes de la ciudad eran ruinas: por todas sus calles y entre los inmensos escombros, solo se veía la muerte y la corrupcion; y en el pequeño círculo á que quedaban reducidos los esforzados defensores, se indicaba bastante la accion terrible del mas acerbo sufrimiento, en la palidez y abatimiento de la apiñada multitud, que estaba ya señalada para sufrir el fatal golpe de la muerte, cuyo demacrado

brazo se les acercaba demasiado con su cortante segur.

El general conformándose con el avance que tuvieron ese dia, se volvió á sus cuarteles: y al siguiente, se dirigió de nuevo al gran mercado, que ya estaba defendido por los batallones mexicanos, que aunque resueltos á defender sus hogares con el mismo vigor, ya no tenian la fuerza necesaria para sostener con ventaja una lucha con sus numerosos contrarios: por esta causa el combate, aunque sangriento fué corto, quedando el campo por los aliados, que luego se ocuparon de aplicar el elemento devorador, á los «teocallis» que se hallaban en derredor del mercado. Esta destruccion de los templos que los mexicanos tenian como una inaudita profanacion, les era mas sensible que los horribles sufrimientos á que estaban sujetas sus personas: y lanzaron un grito aferrador que habia perdido ya su fuerza para amedrentar á sus enemigos, porque la debilidad de sus fuerzas hacia muy inseguros los golpes que antes eran mortales por la fiereza de todos los guerreros.

Habia sonado la hora fatal para castigo de la orgullosa Tenoxtitlan, y todos los elementos de destruccion se desencadenaron sobre sus degraçados habitantes: los mortíferos fuegos de las armas castellanas y las terribles macanas y «maquahuitls» de los aliados, regaban de cáveres la superficie de la ciudad criminal: el fuego que consumia y pulverizaba los suntuosos edificios orgullo y lustre de la arquitectura azteca, hacia caer estrepitosamente los pesados muros de «tetzontli» que aplastaban á innumerables familias: el hambre que se habia cebado en todo el pueblo proscrito, sin que fuera bastante á contener sus funestos efectos el espantable recurso de devorarse mutuamente, como se vieron muchos casos de que las madres saciaran sus devoradoras entrañas con los miembros de sus hijos moribundos, contaba millares de víctimas, que éxánimes caian por las calles ó arrastrándose con gran di-

ficultad, entraban á un oscuro rincón de sus casas á exhalar el último suspiro de una vida que ya se les hacía intolerable; y la peste desoladora que se desarrolló con toda su furia, por la pestilencia con que se había impregnado aquella pesada atmósfera, venían á cerrar aquel horrible cuadro de destrucción. La multitud de personas que morían y tal vez, la convicción que todos tenían de correr la misma suerte; hizo que la infortunada muchedumbre se familiarizara con tan asqueroso espectáculo contemplándolo con desesperada indiferencia; y sin ocuparse ya de dar sepultura á los cadáveres, estos se dejaban ver en todas partes, cubriendo de tal manera aquella ensangrentada ciudad, que no se podía colocar un pié sino sobre el cuerpo de un azteca, siendo ya muchos, presa de la muerte y otros rebuyéndose entre los cadáveres, devorados por los tormentos de una prolongada agonía.

En vista de esta escena de horror, Cortés había suspendido las hostilidades con la esperanza de que Quauhtemotzin se rindiera sin necesidad de consumir la destrucción de los restos de su pueblo; pero el joven monarca contemplando con muda rabia los infortunios que pesaban sobre la ciudad y sus habitantes, había tomado su resolución: y aunque sin más espacio que el terreno que pisaba, allí esperaba tranquilo la muerte, antes que entregar sus derechos á unos enemigos de cuya perfidia pudo antes tener pruebas muy convincentes. Entonces el general determinó un asalto general: dió sus órdenes al ejército; y al aproximarse él mismo á una trinchera defendida por los mexicanos, los nobles que allí estaban salieron estendiéndole hacia Cortés sus macilentos y débiles brazos, haciéndole este melancólico razonamiento. «Si eres hijo del sol como algunos creen, ¿por qué siendo tu padre tan veloz, que en el breve espacio de un día termina su carrera, tardas tanto en poner fin á nuestros males, con la muerte?

Mataunos de una vez, queremos morir para subir al cielo, al seno de nuestro dios Huitzilopochtli, que nos aguarda para darnos el descanso que merecen nuestros sufrimientos." (1) Esta lastimosa petición conmovió á Cortés y les manifestó su deseo de que Quauhtemotzin entrara en alguna capitulación, para librar así á la ciudad del último estrago: los nobles admitieron el encargo de inclinar á su monarca á entrar en una conferencia con este fin, con cuya esperanza mandó Cortés suspender el ataque, volviendo con sus tropas á las posesiones de la calzada: al día siguiente, el general concurrió al lugar acordado para la entrevista con el monarca mexicano; y despues de esperar inútilmente, vinieron los embajadores escusando á su soberano de concurrir á las conferencias. Aun no renunció el general á la idea de conseguirlo, para lo cual quiso ganarse la voluntad de sus contrarios, tratándolos con crecidas muestras de consideración é insistiendo en que convencieseran á Quauhtemotzin, para venir por el camino que le presentaba, pero cuando se convenció de la resistencia del azteca determinó otro asalto general á la parte que quedaba de la ciudad.

Los guerreros que mejor conservaban sus fuerzas, se pusieron á la vanguardia para resistir el choque de sus enemigos, y detras de ellos por las azoteas se veía á todo el pueblo prepararse á tomar parte en la lucha haciendo un grande esfuerzo para sobreponerse al decaimiento de su naturaleza, al travez del cual se manifestaba el encono que aun conservaban para con sus odiados enemigos. Algunos guerreros de los mas vigorosos, luchaban con el esfuerzo que da la desesperacion: pero en lo general se notaban demasiado los terribles efectos del hambre y los golpes débiles de aquellas personas que languidecian, casi

1 Terc. cart. de Cortés pág. 592.

no hacian daño á los aliados, mientras estos cargaron con estremado brío, haciendo tal estrago en los pelotones aztecas, que la sangre corria por el suelo como puede correr el agua, y las acequias de la ciudad se enrojecian con la sangre de sus habitantes. (2) Fué sin duda el dia mas infausto para los infelices mexicanos: en el ruido estragoso del combate todo era confusion: los indios aliados á pesar de la órden que tenian para respetar á los desvalidos y dar cuartel á los que lo pidieran, se habian desatado como una furia á quien era imposible contener, y se precipitaron esparciendo la muerte entre aquel campo, donde corria la sangre como un torrente y quedaron hacinados los cadáveres de cuarenta mil personas, sobre los innumerables con que estaba tapizada la superficie de aquella ciudad infeliz.

Las tropas se retiraron á tomar el descanso necesario por la fatiga con que hicieron tan espantosa carnicería: el silencio de la noche fué pavoroso: en el dia á los gritos con que los guerreros indígenas pretendian hacerse temibles en la batalla, se unian el estruendo de las armas, las horribles imprecaciones de los vencidos, los lastimeros ayes de los heridos y los últimos lamentos de los muribundos; pero en la negra oscuridad de la noche, ningun ruido interrumpió el solemne silencio con que se presagiaba el horrible fin de aquella destrozada monarquía, ni se dejó ver una sola luz. Bien ciertos estaban los mexicanos de que no habia para ellos esperanza de salvacion; pero el odio represado cada dia con mas vehemencia contra los enemigos les impedia abrigar cualquiera idea de rendirse y solo esperaban con mudo quanto desesperado silencio que un nuevo empuje de sus enemigos los acabara de sumergir en el abismo de una ruina que ya era inevitable,

2 Torq. monarq. ind. lib. 4.º cap. 103.

Al dia siguiente 13 de Agosto de 1521, el general reunió sus tropas y las condujo al último combate: antes de comenzar la lucha, probó nuevamente atraer al monarca á una capitulacion: pudo hablar con algunos de la nobleza mexicana, comisionándolos á llevar una nueva embajada, en que se ofrecian á Quauhtemo las mismas garantías que antes se le habian propuesto; y al volver estos nobles, trajeron consigo al Cihuacohuatl, general de los aztecas y segunda persona del imperio. Este personaje tomó la palabra en presencia de Cortés y dijo: «Ahorraos el trabajo de solicitar una entrevista con mi rey y señor Quauhtemotzin, el cual está resuelto á morir antes que ponerse en vuestra presencia. No puedo esplicaros cuan dolorosa me es esta resolucion; pero no hay remedio. Adoptad las medidas que os convengan, y poned en ejecucion vuestros designios.» Aun no podia resolverse Cortés á creer tanta constancia y una voluntad tan invencible, en presencia de un peligro que ya no podia desviarse: esperó aun algunas horas; pero cuando le llegó aviso de que el rey con su familia y parte de la nobleza se preparaban á huir en las piraguas destinadas á este fin, mandó hacer la señal para el asalto que era una descarga de arcabuz, y en un momento toda la inquieta multitud que formaba el numeroso ejército aliado, se lanzó como unos perros rabiosos sobre los macilentos aztecas: el estrago fué semejante al del dia anterior y es inútil repetir las mismas escenas de sangre, de horror, de muerte, de desolacion en toda su horrible consideracion.

Mientras esto pasaba en tierra, las barcas indias se alejaban de la ciudad, trabándose pronto un combate entre ellas y los bergantines que estaban al mando de Sandoval: muchas fueron destruidas ó hechadas á pique por la artillería; pero á la espesa sombra que el humo hizo en una gran circunferencia, envolviendo en ella á los combatien-

tes, tres piraguas de las principales, se deslizaban ligeramente sobre la tranquila superficie de la laguna. Holguin que mandaba uno de los bergantines y tal vez el mejor velero, observó la ligereza con que vogaban aquellas barcas y determinó seguirlas, dándoles pronto alcance: al llegarse á ellas, mandó hacer la puntería de sus cañones hácia la que apareció mas bien aderezada y que por esto indicaba ser la portadora del soberano azteca; pero antes de dispararse se anunció por los remeros que allí iba su señor, y en el momento se presentó un jóven guerrero de una musculacion vigorosa y de arrogante presencia, empuñando su maquahuitl como en actitud de arrojar sobre sus contrarios. García Olguin ordenó no hacer fuego, y entonces el guerrero soltó sus armas y dijo: «Yo soy Quauhtemo, llevadme ante Malinche como á su prisionero; pero no se toque á mi esposa ni á los que me acompañan.» En la misma piragua que conducia al rey de México, iba su esposa la reina Tecuichpotzin, el rey de Tezcoco Coanaco, el soberano de Tlacopan Tetlepanquetzal y otros varios personajes de la nobleza de las tres naciones aliadas, cuyo poder en aquel instante se eclipsó para siempre; y dominados y dominadores, doblaron la cerviz al pesado yugo castellano. Holguin se manifestaba muy satisfecho de tener en su poder los ilustres prisioneros, que empuñaban el cetro, á cuyo poder obedecian todos los pueblos; pero algo le inquietaban aun, las demas barcas que conducian á los guerreros de Quauhtemo, mas este lo serenó diciéndole: que cuando supieran que él estaba preso, ninguno osaria resistir mas y todos irian con gusto á morir á su lado. Efectivamente, la prision del rey fué comunicada con extraordinaria rapidez por las barcas que sostenian la lucha en la laguna y los ejércitos que en la ciudad hacian el último esfuerzo de su desesperacion; y al saber que el rey estaba preso, todos rindieron las armas como por

comun acuerdo y se apresuraron á rodear al soberano como si todos desearan correr la misma suerte, como habian estado unidos en los dias de su gloriosa aunque inútil resistencia en un sitio de 95 dias.

El rey y sus ilustres compañeros, fueron luego conducidos á la ciudad; y al saltar en tierra, una compañía de infantería lo escoltó hasta la presencia de Cortés, que lo esperaba en la azotea de una casa, tapizada conricas esteras y paño de grana, teniendo en su compañía á la inseparable D^a Marina. El jóven monarca llegaba con paso grave y magestuoso, y Cortés lo recibió con estudiada cortesía: saludáronse ambos; y el primero dijo. «Hice cuanto podia para la defensa de mi pueblo, cuanto exigia de mí el honor de mi corona y el amor de mis súbditos; pero los dioses fueron contrarios á mi resolucion, y ahora estoy sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero y tratadme como mejor os plazca. Quitadme, añadió llevando la mano á un puñal que pendia del cinto del general, la vida con puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino.» (3) Cortés que estaba admirado de la altivez del gallardo jóven, que en circunstancias tan tempestuosas supo llevar con dignidad la corona que sus nacionales pusieran sobre su cabeza en los dias que estaba dado el decreto de esterminio contra la soberbia Tonoxtitlan, procuró consolar á su ilustra prisionero diciéndole. «No temais, sereis tratado con toda honra, pues habeis defendido vuestra capitad como valiente guerrero, y los españoles saben respetar el valor aun en sus enemigos.» ¡Pompasas frases robadas á la sinceridad, para encubrir bajo su brillo innobles sentimientos! Apenas dió el tiempo un pequezito paso, cuando por el mismo autor de estas fingidas muestras de una mentida consideracion, se hizo apurar al

3 3^a cart. de Cortés, pag. 300. Bernal Diaz, cap. 156.

desgraciado soberano azteca la copa del sufrimiento; pero éste, con la serenidad con que resistió la horrible prueba, dió á conocer que la grandeza de su alma lo hacia tan digno empuñando la espada para defender los derechos de su pueblo injustamente amenazado, como apurando el mas acerbo dolor á que lo sujetó en su infortunio la mezquindad de sus miserables enemigos.

En seguida se hizo conducir al mismo sitio á la princesa Tecuichpotzin esposa del rey: esta noble señora era hija del infortunado Mocteuhezuma, primera ilustre víctima de la ambicion del conquistador. Este la recibió con las atenciones á que la reina era acreedora así por su sexo como por su elevada posicion; pero no dejaria de sentir algun remordimiento al ver el noble porte que la princesa manifestaba en su desgracia y en presencia del verdugo de su padre y de su esposo, los dos objetos mas caros para su sensible corazon. Los nobles prisioneros fueron escoltados por Sandoval y conducidos á Coyoacan, á donde los siguió el mismo Cortés despues de dar sus disposiciones para la noche de ese dia.

Al siguiente Quauhtemo suplicó á Cortés dejase salir á los mexicanos fuera de la ciudad, para que respiraran otro aire puro y se proveyeran de víveres en las ciudades inmediatas. El general accedió á esta peticion, y por espacio de tres dias estuvieron saliendo de la ciudad arruinada, hombres, mujeres y niños, escuálidos y macilentos como unos espectros que se hubieran fugado de la tumba; y la hermosa Tenoxtitlan con el pavoroso silencio de los sepulcros, quedó sin mas habitantes, que las aves de rapiña que venian á posarse en los desiertos «teocallis» y entre las ruinas de los palacios aztecas, para esconder entre sus inmundos vientres, la multitud de cadáveres que habian quedado insepultos en las calles de la ciudad arruinada ó escondidos entre los escombros de sus destruidos edificios

¡Así pasa como una sombra fugaz, toda la mentida grandeza de este mundo!

CAPITULO XXX.

Suplicio de los prisioneros: repartimientos; tesoro real; reconstruccion de México.

Al otro dia de la toma de la ciudad, Cortés entró en algunas conferencias con los ilustres prisioneros, reclamándoles todas las alhajas y riquezas que habian tenido que dejar la memorable «noche triste,» así en el palacio de Axayacatl, como en la calzada; y á mas queria le fuese entregado el tesoro de Mocteuhezuma, que juzgando por el desprecio que manifestó con el de su padre Axayacatl y que tan cuantioso habia parecido, debia ser el suyo de un valor extraordinario. Quauhtemo mandó algunos mensajeros, que de entre las ruinas de su palacio trajeron una considerable cantidad de piedras preciosas, oro, plata y algunos otros objetos así de valor como de exquisito gusto. (1)

Todo esto importaba una suma de bastante consideracion en sí; pero muy insignificante respecto de las cuantiosas riquezas que habia visto Cortés en México y esperaba obtener realizado su triunfo, de suerte que no quedando satisfecho su deseo, declaró no ser aquello equivalente, ni á las riquezas perdidas la noche triste, ni mucho menos al valioso tesoro de Mocteuhezuma. Quauhtemotzin declaró que los tlaltelolqués habian puesto en salvo en algunas canoas las mas valiosas alhajas, y otros dijeron

1 P. Cabo. Los tres siglos de México.